

San José, Costa Rica

1925

Lunes 1° de Junio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *La doctrina de Monroe y el Panamericanismo*, por Enrique Molina.—*Ante la sedición militar*.—*Carta*, por Alberto Nin Frías.—*Poesías* de Agustín Acosta, Héctor Cuenca, Auristela C. de Jiménez y Román Mayorga Rivas.—*¡Nada de política!*, por Luis de Zulueta.—*El nuevo idioma castellano*, por Rafael Cardona.—*Tablero*.—*La canción de la niebla*, por Blanca Milanés.—*Saludo a los restos de Angel Ganivet*, por Miguel de Unamuno.—*Huerto de cruces*, por Gabriel Miró.—*LA EDAD DE ORO* (con lecturas para niños).

9-253

La doctrina de Monroe y el Panamericanismo

(De *El Mercurio*, Santiago de Chile).

DE regreso de Montevideo, donde asistí al Congreso Continental de Educación, que se celebraba recientemente en esa ciudad, me he impuesto de que aquí se han interpretado mal algunas declaraciones mías y se ha llegado a decir que yo hubiera atacado a los Estados Unidos de Norte América.

Nada más lejos de la verdad.

Por otra parte, no se puede presumir fácilmente esta actitud en quien como yo ha escrito un libro de viajes, *Por las dos Américas*, en que no se escatima la admiración y no se manifiesta el menor espíritu de hostilidad hacia los hombres, las cosas y las instituciones de la gran República del Norte; en quien ha escrito otro libro, *De California a Harvard*, que es casi una continua alabanza a las prodigiosas universidades norteamericanas y a las excelencias de su profesorado y de su personal en general.

Además, pocas cosas habrían sido más inoportunas e injustas que semejante actitud de ataque tomada por un chileno en estos momentos.

Expondré, pues, lo que dije en Montevideo y cómo vine a decirlo.

El Congreso de Montevideo, en que había delegados de los Estados Unidos, Chile, Argentina, Brasil, Uruguay, Perú y Paraguay, se desarrolló siempre en un ambiente de perfecta cultura, inteligencia mutua y tolerancia. Las noches eran dedicadas a temas de interés más general que los que ocupaban ordinariamente al Congreso. Así, uno de ellos, el señor Baltasar Brum, ex-Presidente del Uruguay, disertó sobre la Liga de las Naciones. Un día el delegado argentino doctor Ernesto Nelson propuso a los latinoamericanos que la noche siguiente fuera dedicada a expresar con toda franqueza el sentir de la América Española sobre algunos puntos referentes a las relaciones entre ambas Américas. Los delegados norteamericanos no deseaban otra cosa, y así fué cómo se celebró la que llamamos con la mayor cordialidad entre todos «noche del corazón abierto».

Nos repartimos los asuntos a tratar entre los señores Ernesto Nelson, Maximiliano Salas Marchán,

la señorita Cora Mayers, delegados del Brasil, del Paraguay y yo. A mí me pidieron que hablara sobre la doctrina de Monroe y el panamericanismo.

La opinión dominante en la América Latina, dije, es que la doctrina de Monroe ha caducado. Tuvo un valor inmenso en su tiempo. Fué una feliz inspiración del estadista que la concibió y una salvaguardia para librar a las nacientes repúblicas hispano-americanas de las pretensiones avasalladoras de las potencias europeas. Pero ahora ninguna República del Nuevo Mundo puede temer ya ataques de las naciones europeas que vinieran a poner en peligro su independencia o a menoscabar su soberanía. Por esta razón, agradeciendo como se debe, el inmenso y oportuno servicio prestado por la doctrina de Monroe, cree la opinión ibero-americana que ella en la hora actual ha caducado y a la divisa «América para los americanos», prefiere «América para la humanidad».

Por otra parte, la doctrina de Monroe es contradictoria con el único concepto aceptable de panamericanismo. Las naciones latinoamericanas no pueden entrar en esta organización internacional sino en pie de igualdad. Todas son aún relativamente débiles y algunas además pequeñas, pero ninguna se conformará con una organización en que no se respete la igualdad ante el derecho o sea su condición de nacionalidad soberana. Pero si uno de los miembros de la organización llamada panamericanismo toma las funciones de protector de los demás, la igualdad jurídica necesariamente desaparece.

Fuera de esto el panamericanismo encuentra resistencias y suscita desconfianzas entre los pueblos del Mar Caribe, de la América Central y en México a consecuencia de los actos de imperialismo norteamericano que han tenido que sufrir. Los sentimientos de los pueblos del sur de la América Meridional, Chile, Argentina, Uruguay, son hasta ahora muy distintos al respecto. A mí me había llamado la atención en Nueva York el encono con que venezolanos, colombianos y otros ciudadanos de países tropicales

hablaban de los Estados Unidos, encono que para mí era una sorpresa porque yo no lo había sentido nunca ni había observado en mi patria nada semejante.

No cabe decir, pues, que el panamericanismo sea una realidad en la hora actual. La confraternidad de los Estados Unidos, Chile, Argentina, Uruguay, Brasil y unas dos o tres naciones más no basta, por muy buena voluntad que se tenga, a constituir una entidad que se pueda denominar panamericanismo.

Este es por ahora un ideal, un hermoso ideal. De los esfuerzos y de la buena fe de los norteamericanos y de los hispanoamericanos dependerá que se convierta en realidad. Los hispanoamericanos, por su debilidad internacional misma, caen fácilmente en la desconfianza respecto de los Estados Unidos. Pero nada sacaremos con declamar y cultivar la agresividad contra los norteamericanos. La salvación de los pueblos latinos del Nuevo Mundo se halla en una educación que los conduzca a una mayor eficiencia económica, intelectual y moral, que los conduzca a una actividad creadora tanto en el orden material como en el espiritual. Los norteamericanos, por su parte, deben renunciar a toda pretensión de imperialismo, tanto político como financiero. En este punto hice un llamado a los universitarios estadounidenses, cuya elevación cultural he podido apreciar, y a las grandes fuerzas espirituales de los Estados Unidos en que confío para que coadyuven al triunfo del panamericanismo bien entendido.

Manifesté además cómo existía en estas Repúblicas una fuerte corriente que tendía a la formación de una unión latino-americana; cómo no era raro que personalidades de México figuraran a la cabeza de ella. Ahí Vasconcelos. Pero que aún en los pueblos del sur contaba con adalides de alto valor intelectual, como los argentinos Alfredo L. Palacios, Ricardo Rojas, José Ingenieros y Manuel Ugarte. Agregamos que nosotros simpatizábamos con este ideal por cuanto lo entendíamos, no como una forma de hostilidad o agresividad hacia los Estados Unidos, sino en una forma positiva, en cuanto extensión del amor de la patria a la raza, como un medio de salvación de las buenas cualidades de nuestras características raciales y como uno de los mejores caminos para llegar a la realización del verdadero panamericanismo.

Tengo la satisfacción de decir que todas mis ideas y conclusiones merecieron la más entusiasta y unánime aprobación de parte de todos los delegados norteamericanos.

ENRIQUE MOLINA



Ante la sedición militar

Los hados propicios que velan por los fueros de la democracia colombiana, no permitieron que el golpe de cuartel, de que en otro lugar damos cuenta pormenorizada, tuviera éxito.

Es inútil disimular la trascendencia de los sucesos de la hora presente. Sólo a circunstancias fortuitas se debe el que a estas horas no estuviéramos los colombianos bajo el dominio del sable. Dominio efímero sin duda, porque, vive Dios, que no es este el país en que los militares pudieran ufanarse de atropellar la ley y poner a los ciudadanos bajo el imperio de las bayonetas, por un espacio mayor de breves horas. Ni el Libertador, ni el general Mosquera, ni ninguno de los otros dioses menores, logró implantar en Colombia la dictadura militar. Mucho menos habría podido aspirar al triunfo definitivo un grupo de jóvenes oficiales, sin más méritos que su ambición y su locura. Mas la seguridad del fracaso no disminuye la enorme gravedad de la tentativa que comentamos. Aun abortado el golpe, indica él la honda descomposición que afecta a nuestro organismo militar, en donde por la primera vez se presentan brotes de esta naturaleza. Demos gracias a que hoy por hoy no existe aquí el caudillo audaz que hubiera encauzado y aprovechado estos fermentos sediciosos. Congratulémonos de que nuestro medio no produzca esta clase de hombres, porque a ello se debe sin duda el que esta hoguera atizada por manos inexpertas, se haya apagado sin provocar un incendio; mas no sin dejar un hondo malestar y un sentimiento de desconfianza en el porvenir.

¡Cuántos males incalculables recibiera la República si la sublevación militar hubiera estallado! Aun aplastada en veinticuatro horas, nuestro crédito habría sufrido daños irreparables. Toda una paciente labor de veinte años de paz y de legalidad se habría venido a tierra. No es posible calcular la serie de trastornos de toda índole que la sedición provocara ni las pérdidas que la paralización de los negocios y la intranquilidad que siguiera al cuartelazo, causarían al país.

No habrá ningún colombiano que no reproche de la manera más enérgica la inconcebible aventura en que pretendían arrojar al país unos cuantos oficiales, cuya inconsciencia apenas puede compararse con su carencia de nociones patrióticas y su desconocimiento de la realidad nacional. Les alentó el ejemplo de los militares chilenos; pero acaso no conocieron ellos el triste desenlace de la iniciativa del general Altamirano y de sus compañeros. ¡Cuatro meses después del golpe de Estado que con tanta fortuna realizaron y que creyeron les daría el poder para siempre, yacían en las cárceles, mientras el Presidente Alessandri, restablecidos lo fueros del poder civil, regresaba triunfalmente a su patria.

El patriotismo angustiado se pregunta, cómo podrán conjurarse en lo futuro las sediciones cuartelarias que pueden acabar con nuestra tradición de pueblo eminentemente civil. Antes hubiera podido creerse que robusteciendo la institución militar, organizándola a la moderna e implantando la anhelada reforma,

pudiera ponerse al ejército al margen de la política y evitar todo atentado contra el poder civil. Pero por desgracia, lo que pasó en Bolivia con el ejército instruido por militares alemanes, que se prestaron a derribar al gobierno del Presidente Gutiérrez y a entronizar la dictadura del coronel Saavedra, y lo que acaba de pasar en Chile, nos dicen que estábamos engañados. En la fuerza misma del ejército reside el mal. Pero por otra parte, no es menos evidente que una soldadesca desorganizada es presa fácil del primer ambicioso sin escrúpulos que quiera servirse de ella. El problema es, pues, complejo y de difícil solución. Sólo por una permanente propaganda de civismo, de amor patrio, de adhesión a las instituciones y a los principios democráticos, podremos evitar el retorno de estas aventuras, que de repetirse, nos llevarían a la ruina definitiva.

Esperemos que el gobierno sabrá aprovechar la lección que acaba de recibir. Esperemos que pasada la primera impresión de pánico, no volverán los elementos oficiales a la política frívola y torpe que ha divorciado al régimen con la opinión pública. ¡Cuántas gentes hay que en el fondo lamentan hoy que el incalificable golpe proyectado para el sábado, no hubiera tenido éxito! «Cualquier cosa es mejor que lo que hoy tenemos», dicen quienes así piensan. No tienen razón en verdad. Por el contrario: Cualquier cosa es preferible a un golpe de cuartel. Cualquier régimen es mejor que el que surja de la imposición de las bayonetas. Pero precisamente los hombres del gobierno están obligados a impedir que en el alma popular pueda calar este criterio funesto, a cuya sombra son posibles todas las tentativas contra la paz y contra el progreso de la nación. Y esto no puede lograrse sino llevando a la administración pública prácticas diametralmente distintas a las que hoy presenciemos; procediendo con verdadera eficiencia, con el deseo sincero y con la resolución inquebrantable de hacer el bien; buscando para todos los problemas la solución adecuada y patriótica, y no el recurso sectario o la línea de la menor resistencia, impuesta por la desidia y la falta de estudio.

Con un gobierno verdaderamente nacional, que haya sabido rodearse del aprecio ciudadano, tentativas como la que comentamos no podrían siquiera iniciarse. Los oficiales sediciosos, contaron sin duda con el hondo descontento, con el profundo malestar que reinan hoy en el país; confiaron ellos en que el pueblo vería si no con entusiasmo, con indiferencia al menos su acceso al poder y que ni una voz ni una mano se levantarían para defender al general Ospina. Estamos ciertos de que se equivocaban y que la Nación, olvidando los errores y las faltas del actual Presidente, se habría puesto sin vacilar al lado de quien representa la legalidad, y habría aplastado a los que atentaban contra la majestad de la República. Pero quién nos dice que mañana, una nueva intentona, no encuentre un ambiente más propicio, que el país, desengañado y fatigado no deje obrar a los amigos de las dictaduras. Esa terrible eventualidad es la que hay que evitar a todo trance.

Creemos interpretar el sentimiento general, al consignar en este diario, que ha tenido siempre una palabra de censura ante los levantamientos de carácter militar y ante los regímenes dictatoriales de cualquier parte del mundo una enérgica protesta contra

la maquinación sombría que se fraguó en los cuarteles, y con la cual se quiso arrojar sobre nuestra limpia historia de pueblo libre, una mancha indeleble.

(El Tiempo, Bogotá).

Carta a propósito de una lista de cien libros⁽¹⁾

Juncal 2170, Dpto. 16.
Buenos Aires, Abril 10-1925.

Señor don Pedro Henríquez Ureña.

La Plata

Muy señor mío:

Deseo trasmita Ud. a *La Corte del Salón Oscuro* algunas observaciones sobre los descomedidos y descorteses reparos que se hacen a una lista de los «Cien mejores libros (nótese bien la finalidad de la selección) para conocer la historia de la humanidad». La lista en cuestión no pretende que estos libros sean, en estilo americano, los mejores del mundo, si no los más adecuados para la educación del carácter y de la voluntad a través de las vicisitudes porque ha atravesado el género humano. Dicha lista fué ideada en 1901, y cuando su autor frisaba recién los 22 años de edad, y ha sido modificada por éste de acuerdo con los conocimientos noveles que le ha aportado el estudio y el conocimiento de la vida. Desde luego, no fué ella hecha en grupos de amigos, ni en la corte de ningún salón obscuro, ni por sugerencias de un filósofo-poeta completamente ajeno a nuestra idiosincrasia racial, si no a la luz meridiana de un hermoso día de noble inspiración.

Considero y siempre lo he hecho, que las letras son un elevado sacerdocio y que deben ser cultivadas sin apresuramiento y sin descanso tal como trataban su respectivo arte los obreros del Renacimiento, cuyo genio manifiesta su perspicacia, pero no su técnica incomparable.

Las letras han de interpretar siempre la humana naturaleza en sus relaciones con sus manifestaciones internas y externas, y es mejor que el artista se aleje de todo aquello que pueda restarle lo que hay de hermoso y vigoroso en él. Puede repetirse de los individuos lo que se ha dicho de los pueblos sin imaginación: no avanzan en la senda del progreso.

Me he atenido al factor moral en mi lista porque he creído desde mi primera mocedad de que un hombre puede ansiar, influir, sobre sus conciudadanos y no acertar a hacerlo por carecer de condiciones de carácter y voluntad. Ese Cristo, maestro muy otro que sus remedadores modernos, y hacia quien se muestran tan despectivos los concurrentes al obscuro salón del rey, me enseñó, enhorabuena, que, para lograr poder volitivo sobre los demás y sobre sí mismo, es menester acrecer la intensidad de la conciencia y el señorío sobre nosotros mismos; purificarnos y someternos a la ley espiritual. Y si el hombre se ajustara a estos requerimientos, conse-

(1) Véanse los números 17 y 1 del REPERTORIO AMERICANO, tomos 8 y 10 respectivamente.

guiría colmar su justo intento. Todo lo que nos purifica moralmente nos da valor ante el mundo, quiéranlo o no la gente de carnales pasiones y tortuosas miras, y ello adelanta toda causa con la cual nos hayamos identificado. El sentimiento del deber, estrecho sendero si lo hay, la lealtad y el espíritu de justicia nos capacitan como ningunos otros medios para acrecentar nuestro poder con Dios, para guiar a los hombres, y asimismo para ayudar a éstos últimos a merecer los dones del Supremo Hacedor. El desarrollo de esta doctrina constituye el trasunto de todos mis libros y el afán inquieto de mi mente desde los diez y ocho años. He sido siempre espiritualista, tanto en las épocas en que la gente se avergonzaba de serlo, como actualmente, en que está de moda el afectarlo. En esta creencia he vivido y seguiré viviendo hasta que la muerte me lleve.

La petulancia es muy propia de los individuos muy geniales o de los de muy menguados alcances, por no decir ignorantes, siendo estos últimos los que más adolecen de ese defecto.

La bondad de esa mi lista, y desde luego, por lo menos, su sana intención, ha sido reconocida por cerebros tan vastos como los del Profesor Eméritus, Dr. Elliot, canciller de la Universidad de Harvard; Miguel de Unamuno, Segismundo Münz; Dr. W. T. Harris, editor del *Webster's Dictionary*, Director de la *Revista de Filosofía* de los Estados Unidos; Dr. Ramón y Cajal y otras eminencias.

Por otra parte, asombra verdaderamente la crítica hecha a ciertos libros propuestos por mí. Por más que nos duela, preciso es admitir, si se ha de juzgar el árbol por el fruto, que las democracias de habla inglesa son las que en la actualidad realizan mejor lo que se ha dado en llamar, civilización occidental. Ello no implica suponer que esta hegemonía pasé de aquí a unos lustros a otra raza.

El libro de Demolins vierte a este respecto, muy preciosas y necesarias enseñanzas. En cuanto a la «Colección clásica de autores españoles» compuesta por los P. P. Jesuitas, diré que, tratándose de una obra que abarca los autores del siglo de oro y de una edad más próxima en que casi todos ellos eran religiosos, nadie más capacitados que esos educadores para llevarla a la práctica. No soy jesuita ni acaso católico, en el sentido de la ortodoxia, pero he de aplaudir lo que es digno de encomio, viniere de donde viniere. Mi lista recomienda por igual al anarquista Reclus, que tengo por generoso y altruísimos espíritu, que a un docto sacerdote como Mons. Duilhe de St. Projet, promotor de los congresos de los sabios católicos. Los hay religiosos en gran número, entre ellos Pasteur, que oía misa. Temerario es llamar pueril a la obra de Smiles, tejida con los pensamientos y ejemplos extraídos de las obras y las vidas de los hombres que más han significado como alteza moral y entendimiento. Es digno de ser leído y divulgado ese inspiradísimo estudio sobre el carácter. Si a su lectura se hubieran dedicado los discípulos del *Salón obscuro*, saldrían más que pronto del mismo. Dentro de sus límites, la *Historia de la literatura española* no tiene rival, por el vastísimo saber, la profundidad de los juicios y la belleza de su estilo literario. No es tan sólo un comentario sobre literatura, sino un modelo acabado de género literario.

No tengo reparos que hacer en los cien libros de la *Corte del salón oscuro*, hecha con otra finalidad que la que yo me había propuesto en la mía. Sólo diré que conoce hartos mal a Quevedo quien no tiene a la *Vida de Marco Bruto*, por su obra la más acabada y muy digna de leerse repetidas veces. Muéstrase en ella el festivo filósofo uno de los más puros estilistas de su tiempo, y acaso de todos ellos.

En defensa de la *Apología científica de la fe cristiana*, sólo añadiré esta proposición: que el hecho fundamental de la religión es la certidumbre de dos ámbitos, uno físico, sujeto a leyes inviolables, otro espiritual, donde existe la libertad en grado infinito.

Acaece a la lista propuesta por mí, lo que ocurre con aquel hombre que nunca juzga despectivamente a los demás porque ha vuelto el amor hacia Dios, la ley fundamental de su vida; pero ello no obsta que los demás le critiquen a él con ardimiento.

Los principios que hemos procurado evocar ante el lector exigirían muy largos comentarios, pues a ellos convergen los anhelos del alma en momentos de su mayor plenitud.

Para finiquitar recordaré la máxima de uno de mis maestros más queridos, Goethe: Sed moderados en lo que es arbitrario y diligentes en lo que es necesario.

Agradeciéndole la transmisión de estos apuntes a sus amigos de *La Corte del Salón Oscuro*, queda a sus órdenes para proseguir la dilucidación de este tema muy grato a mi espíritu, y lo saluda atentamente.

ALBERTO NIN FRÍAS

El poema del amor inmortal

Era malo. La sombra gustaba a sus maldades.
Toda bondad su alma grotesca escarnecía.
Tuvo el culto instintivo de los asesinatos...
—Eso dicen, señor, pero yo lo quería...

No hubo concepto alguno de bien en su existencia.
De su madre el sagrado cadáver maldecía
cuando manos ajenas a dormir la llevaron...
—Eso dicen, señor, pero yo lo quería...

Padres, hijos, hermanos, amigos: todo era
odio para su alma malévolos y sombría.
El mal mismo era bien ante el monstruo inefable...
—Eso dicen, señor, pero yo lo quería...

Cuando murió, tu nombre, tu imagen, tu recuerdo,
todo, en una blasfemia satánica escupía.
Te maldijo mil veces por haberlo querido...
—¡Todo lo sé, señor... pero yo lo quería!...

AGUSTÍN ACOSTA

Jagüey Grande, 1925.

(De *El Figaro*, Habana).



¡Nada de política!

No hay que hacer política!...», oímos repetir a cada paso. «Lo que el país necesita no es política, sino administración, orden, justicia, trabajo y, sobre todo, moralidad...»

No sospechan quienes así arguyen, y a veces hasta se creen hombres de lo que ellos llaman el nuevo régimen, que están reincidiendo en uno de los más viejos tópicos de la vieja rutina. «¡No hay que hacer política!...» Pero ¿cuándo se hizo política en España? Se charlaba de política, se politiqueaba en el café, se caciqueaba un poco, se leía por la noche el periódico cuando lo voceaban «con el escándalo de esta tarde en el Congreso»... Nada de esto es, en realidad, hacer política. Hacer política—fijaos bien—, «hacerla», producirla, crearla, es pensar seriamente sobre los problemas de nuestro vivir colectivo; formarse acerca de ellos una opinión; agruparse con los que la comparten; constituir núcleos fuertes y sanos que la propaguen y aspiren a imponerla en la gobernación del Estado; sacrificar por esas ideas, que consideramos útiles para el bien público, algo de nuestro tiempo y nuestro dinero; votar y defender el voto: fiscalizar y, a la vez, estimular y sostener a nuestros representantes; producir en la masa social corrientes vigorosas de pensamiento y de acción...

Esto es, en verdad, hacer política. ¿Cuántos la hicieron entre veintiún millones de españoles? Mediten éstos por un momento si nuestra patria sufre porque hizo política en demasía o porque no llegó plenamente a hacer política. Contra la falsa política, la política interesada o simulada, sólo cabe ofrecer como remedio una política verdadera que reciba su fuerza de la voluntad del pueblo.

«¡No! ¡Nada de política!... Lo que hace falta es sólo patriotismo y honradez...» Quienes esta posición toman, si la toman de buena fe, no han reflexionado bastante sobre lo que predicán. La honradez y el patriotismo son, ciertamente, nobles virtudes cívicas, base espiritual de toda obra de buen gobierno. Ambas virtudes vienen a formar una sola. Porque el patriotismo, cuando está en los hechos y no sólo en los labios, consiste, sobre todo, en anteponer el interés nacional al interés del propio individuo. Y este mismo sacrificio del interés privado al interés común de la patria constituye el tipo de honradez que corresponde al hombre de Estado.

Muy bien. Mas ¿cómo acertaremos a elegir los varones en quienes esa virtud se encarna? Aquí empieza el problema. ¿Aceptaremos como honrados y patriotas a aquellos que a sí mismos se lo llamen y rechazaremos, consecuentemente, a los que no se presenten con esos títulos, más fáciles de adoptar que de merecer? No parece que éste fuera un discreto método de selección.

Dos cosas se pueden hacer razonablemente para moralizar la vida pública. La primera es mantener siempre alerta, despierta y vigilante, viva y activa, a la opinión nacional. El libre juicio del pueblo es la sal de la tierra. Donde la opinión vibra con aguda sensibilidad, los políticos de probidad dudosa se hallan contenidos por la crítica o quedan relegados al ostracismo. Los gobernantes abnegados, en cambio,

están sostenidos no sólo por la conciencia estoica del deber, sino por el amor a la gloria en una cálida atmósfera de aprobación popular. Un régimen de opinión, sinceramente respetado, es la mejor salvaguardia de la moralidad política.

Una segunda cosa, además, cabe hacer en este sentido. Al régimen de opinión debe acompañar, como su natural complemento, un régimen de responsabilidad. Cuando el ministro poderoso o el personaje influyente saben que las leyes, que obligan a los gobernados, pesan también sobre los gobernantes, hay mucho adelantado para que la rectitud y la integridad resplandezcan en la gestión de los negocios públicos. El día en que lord Halifax, ministro de Estado de Inglaterra, tuvo que pagar, por sentencia judicial, cuatro mil libras—cien mil pesetas—de indemnización al publicista Wilkes, a quien había hecho detener ilegalmente, el pueblo británico sintió que quedaba elevada y ennoblecida la vida del Estado.

Opinión pública y responsabilidad son las dos más eficaces garantías de la honradez en la actividad política. Opinión pública y responsabilidad son, al mismo tiempo, las dos notas características de la democracia. Por eso, todas las naciones modernas han acabado por constituirse democráticamente, estimando que el régimen democrático, con todos los defectos que pueda tener, es el más favorable para la moralidad colectiva. Y ya afirmaba Montesquieu, en su clásica obra *De l'esprit des lois* que mientras el despotismo se apoya en el principio del temor y la Monarquía en el del honor, la democracia tiene por base la virtud.

«La virtud y la moralidad son el resorte del gobierno popular», decía Jorge Washington, el primer presidente de los Estados Unidos. ¿Pedimos nosotros honradez en la vida pública? Hacemos bien. Pero no olvidemos que un ambiente de libertad, de verdadera libertad, es el más propicio para la depuración y transformación de la política. «La experiencia nos muestra—agregaba Washington—que la moralidad nacional difícilmente puede mantenerse sin la libertad... ¡Nobles máximas del gobernante puritano, que, después de fundar la nación más próspera del mundo moderno, retornó, con ejemplar honradez, a cultivar la tierra en sus campos de Mount-Vernon!...

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

El nuevo idioma castellano

=Contribución a la Encuesta (del REPERTORIO AMERICANO iniciada por VENTURA GARCÍA CALDERÓN. Números 10 y 11 del tomo IX. 1924.=

Señor don Joaquín García Monge.

San José, Costa Rica. C. A.

Querido maestro amigo:

En REPERTORIO, que recibo casi normalmente a pesar del servicio «siglo XVI» que padecemos en Centro América, acabo de leer el bello trabajo del incansable García Calderón en que se trata el problema del nuevo idioma castellano, y encaminado a rectificar juicios vertidos por el conocido publicista inglés Fitzmaurice-Kelly, de viejo renombre, por haber sido, según entiendo, uno de los primeros y más activos comentadores de la literatura española, autor de *The Life of Miguel de Cervantes Saavedra* (Londres 1892, 4º m). Y como Ud. se ha servido pedirme mi parecer al respecto, ocuparé brevemente su atención para contribuir a la cruzada de renovación espiritual emprendida por García Calderón desde hace tiempo, y cuya labor revalida nuestra personalidad indo-española en la justa del pensamiento moderno. Y lo curioso es que en estos momentos, precisamente me ocupo en tratar el Quijote en un pequeño ensayo de simples apuntes que ya le mandaré a su tiempo.

Me refería en estos momentos a esa preocupación, muy española, «de lo que pudiéramos llamar linguografía de Cervantes» en que se ha empeñado todo el academismo patriótico castellano para hacer del Quijote el libro de la Lengua y de su autor el Príncipe de las Letras Españolas, «como si Cervantes pudiese quedar recluido a una simple gloria de estilo», etc., etc. Quería señalar el hecho, aun no bien fijado por ningún cervantólogo, de la esencia netamente emotiva del genio y la secundaria relación que existe entre el viejo concepto del estilo—que entendía por tal la especulativa cultura filológica—y el primario y directo elemento de creación: la intuición, según el concepto crociano. Y hoy más que nunca es bueno repetir que «el estilo es el hombre» y que toda creación literaria inmortal revela primero al hombre, al carácter, al tipo volitivo interior y luego al «desocupado ingenio» que detalla la obra; el mismo Cervantes, que pone en boca de don Quijote el triunfo de las armas sobre las Letras (quizá sugiriendo con ello la importancia de la acción en la vida) parece expresar aquel concepto, y sólo identificándose con su personalísima forma de percepciones pudo crear el estilo del Quijote, que por eso resulta inimitable. Ya Hugo decía que el genio es inconfundible, revolucionario, etc., y Vauvenargues añadía que «los grandes pensamientos salen del corazón», indicando con ello, no una mera fórmula moral (muy discutible y ajena al asunto) sino una cuestión puramente psicológica; la vida al través del Hombre, y no al través de las modas ambientales.

Los «conservadores del idioma», los puristas, los académicos, los oradores a la romana que procedían por exordio, exposición y síntesis, como decían los retóricos, y los paleontólogos de la lengua, son, en mi concepto, las castas políticas traducidas a la lite-

ratura; son las autoridades del distinguo, los románticos de «todo tiempo pasado fué mejor» y que espigan en las ruinas de Séneca y Cicerón las «perlas sueltas» del idioma, como si el idioma fuese cosa viva en sí, incapaz de modificarse y de asumir las innúmeras formas a que está expuesto en la evolución de la sensibilidad. He llegado a pensar si todos estos juegos de palabras de «literatura, humanidades» etc., a que tan acostumbrados estamos, no son sino pura psicología, no de esta que enseñamos en los colegios adoptando para describir los fenómenos del ser la demostración de Volta y el renacuajo (sic), sino de aquella otra, profunda y lúcida de Plotino que culmina en la Libertad.

Con el pobre Cervantes ha sucedido un doloroso fenómeno de disección: de los innúmeros Ensayos que conozco, apenas uno que otro (el de Unamuno, el de J. de Armas) se salen del estudio de germanismos y refranías, de giros y construcciones; tengo a la vista quince o diez y seis estudios de lo más importantes, entre ellos el fatigoso y estéril librote de Enrique de Cárcer, con locuciones en cuatro idiomas, en donde trata de probarnos que Cervantes se limitó a *escribir bien*, (?) a legalizar el uso de las voces y giros que debemos emplear sin salirnos un ápice de sus reinos manchegos, so pena de incurrir en neologismos (*syrianismis et hebraismis*, como se decía de Esquilo)... Digo que este fenómeno es el apéndice del estado político de la «desventurada España», para decirlo con la expresión de Croce, y a la cual «poco o nada le resta sino el orgullo», como añade García Calderón. Todos estos estudios lingüísticos no son otra cosa que «catolicismo literario», pero catolicismo del que se usa en España, envarado en la contemplación de la antigua fórmula expresiva, y que ha parido toda una montaña de retóricas y poéticas para alumnos de seminario, como aquel librito del cura Junneman, quien con la mayor frescura ponía al fin de cada capítulo crítico: «Méritos principales del autor (Shakespeare, Dante, cualquier otro): Grandeza, elevación; Defectos principales: Obscenidad, oscuridad»...

En una sociedad en donde nada evoluciona, en donde el régimen político obliga al pensamiento a recluirse en su aspecto puramente intelectual, la labor de los mejores talentos queda circunscrita a hacer calceta con el pasado; tratar de introducir modismos y coloraciones nuevas (que en síntesis no son otra cosa que nuevos estados espirituales, siendo la palabra una simple marca de la emoción y nada más), es atentar positivamente contra el *Estado literario* y pasar de hereje o de bolchevique; y es la Libertad en el pensar, en el escribir, un serio peligro, tanto para los estilistas y paleontólogos de marras, como para los Jefes de Directorio, que en el fondo están unidos a la tradición; y así, tenía razón Bello, cuando decía que «la Libertad y las artes dejaron a un mismo tiempo el suelo de Atenas». ¡Benditas nuestras turbulentas democracias que conocen la Revolución política, moral, religiosa, lingüística, étnica!

En Cervantes existe, antes que nada, el revolucionario; vive y respira la miseria de su pueblo, hundido por el favorito de Felipe III, aquel Duque de Lerma de ingrato recuerdo a quien según unos, personifica en el Encantador Merlín (es casi el nombre) de la Cueva de Montesinos; palpa en las prisiones

y en las cruzadas contra el moro, la traición y el robo, el desvalijamiento del Pueblo (las alforjas de Sancho después del manteamiento), y «como quien no quiere la cosa», pone en su loco los desvaríos de las clases dirigentes que consumen el trigo de dentro y el oro de fuera, así como, para no desperdiciar ocasión ni aspecto de la vida nacional, hace hablar al Ingenioso el lenguaje artificioso de los novelistas de su tiempo, si bien con un donaire y gracia tales que suponen una benignidad superhumana. Por último, alude veladamente a los lingüistas y purificadores del idioma cuando (Cap. I de la Seg. Pte.) don Quijote expresa los distingos que han de hacerse en las palabras importadas de origen arábigo, como alcatifa, zaquizamí, alhelí, almorzar, etc., etc., minucias de que todavía se ocupan los *profesores de castellano*. ¡Menos mal cuando la Academia, por corazonadas inexplicables, *legaliza* nuestro *corrongo*, a petición de nuestros Correspondientes de la Lengua!

Nuestros galicismos son el Paso de Roncesvalles, a Dios gracias con buena suerte; si la lengua francesa ha impuesto modalidades de expresión (esto es, si enriquece nuestro acervo emotivo, si multiplica las formas de nuestra sensibilidad) débese esto a que tales renovaciones parten de un pueblo que no mira hacia atrás, como la mujer de Lot, y no se convierte en estatua de sal. Personalmente, me disgustan los cubismos pictóricos y los ultraísmos verbales; pero los sufro con paciencia porque indican un buen deseo de escudriño de las fuerzas y modalidades propias para alcanzar la expresión no adulterada del genio hispano-americano. La geometría del verso, digámoslo así, el ritmo, el sentido numérico que ha de dar un colorido individual a la creación de arte, cambia con las costumbres, con la evolución social; y hoy nos chocaría horriblemente el acento grave, extendido y grandilocuente de las sesuras oratorias antiguas; y así, del pedantismo tribunicio de Roma, hemos pasado a la *causerie* privada, al ritmo ligero y algo libertino que tan bien describe nuestra manera de vivir y de ser. El modelo *clásico* no es un fenómeno histórico, reducido a la órbita latina o griega; es un fenómeno de *expresión perfecta* y descriptivo del ambiente en que se desenvuelve; para mí (muy personalmente) son clásicos de su siglo Verlaine en Francia; Darío en nuestra América.

Duerma España en buena hora en su bosque de laureles, en que aun se escucha el canto de Filide o el llanto de Cloe, máscaras carnavalescas de los idílicos de la Decadencia latina; *norabuena* con nosotros el Divino Cervantes (¡tan humano!) y el amanezado Gracián, el profuso e injusto Lope⁽¹⁾ y el formidable Quevedo, y el dulce Fray Luis, y el suave Garcilaso, y todos «los pocos sabios que en el mundo han sido» y despierten al mundo de las manos de sus vivisectores armados del látigo untado de miel con que fustigaron la Costumbre, las minucias lingüísticas, las momificaciones sociales y las pedanterías académicas; que ellos, mejor que los arqueólogos de la Lengua, sabrían decirnos de donde surge esa fuente, inexhausta y clara del ingenio literario que apacienta los Pueblos por caminos de gloria: de la libertad de vivir, de la libertad de querer, del choque

y mescolanza de los giros y de las locuciones, del internacionalismo ideológico, en fin, que hace una Unidad del Hombre y una Democracia del Arte.

RAFAEL CARDONA

Tablero

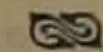
==1925==

La Edad de Oro

Por aparte, en cuadernos de 16 pgs., se están editando algunos ejemplares de *La Edad de Oro*. Lector amigo: podemos remitírsela conforme vaya saliendo, si Ud. quiere suscribirse *por adelantado* a la serie de 10 cuadernos, esto es, a un tomo de 160 páginas de lectura nutritiva para sus hijos, o alumnos.

Precio de la serie: ₡ 1.00.

Esperamos su cooperación.



Declara Sanín Cano:

Que la Conferencia Panamericana de Santiago fué un ruído fracaso, como lo han sido todas las demás y lo seguirán siendo las que en adelante se reúnan, mientras ellas se hagan sobre la base de la colaboración norteamericana. Dice que la misión que llevan siempre a tales conferencias los yanquis no es otra que la de hacer pelear a las delegaciones de las Naciones suramericanas, y esto por la sencilla razón de que tienen la seguridad de que el día que nos vieran unidos se encontrarían con un enorme poder enfrentado al suyo, y su preponderancia quedaría así grandemente afectada. Dice que el único medio que nos queda para librarnos del imperialismo estadounidense y para resolver adecuadamente nuestros problemas internacionales, es el de acudir a la Liga de las Naciones.

(De *El Tiempo*, Bogotá).



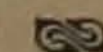
Sanín Cano en Buenos Aires

Desde hace algunas semanas se halla en Buenos Aires, donde tantas simpatías auna, el celebrado escritor de Colombia, don Baldomero Sanín Cano. La presencia del Sr. Sanín Cano entre nosotros merece, desde luego, ser saludada con júbilo, porque este hombre, que en su modestia valerosa sólo se dice periodista, es uno de los primeros escritores de habla castellana.

Babel se complace en saludarlo, no sólo como a tal, sino también como a uno de sus grandes amigos y orientadores.

En larga serie de ensayos, admirables de estilo y pensamiento, el maestro Sanín Cano ha sabido salvar intactas nuestras ilusiones de hombres libres.

(De *Babel*, Buenos Aires).



¿Seguirá sosteniendo Sanín Cano que la conquista no engendra derechos en América?

En todo caso, no creo que el laudo sobre Tacna y Arica dé fin a las dificultades del Pacífico. Resulta lo que resultare del curioso plebiscito que va a verificarse en provincias go-

(1) Lope de Vega escribió, en 14 de agosto de 1604, en su famosa Carta de Toledo: «Ninguno tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe el *Quijote*».

bernadas por Chile, podrán éste y el Perú quedar más o menos mal arreglados, pero no Bolivia. Bolivia no es simplemente una nación despojada: es una nación en trance de asfixia: o perece—y ello no será sin alguna sacudida—o logra abrirse una salida al mar.

El hecho de haber escogido Chile por abogado al siniestro Lansing, Secretario de Wilson, es motivo suficiente para que los sudamericanos desconfiemos mucho de la bondad de su causa.

E. J. R.

(De Reproducción, San José, C. R.)



Revistas que se recomiendan

Alfar. Mensuario. Director: JULIO J. CASAL Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.



Noticia de Libros

Recibidos de los autores:

JUAN A. SENILLOSA: *El culto al Arbol*. Buenos Aires, 1924. *Algo sobre ética sexual* (10 folletos). Buenos Aires, 1923. *Hojas sueltas de las memorias de un atípico* (5 folletos). Buenos Aires, 1923-1924.

HORACIO B. OYNAHARTE: *Oración al Poeta*. Buenos Aires, 1916.

ML. VELÁZQUEZ ANDRADE: *Cómo debe ser la escuela mexicana*. México, D. F. 1924.

J. CALZADA BOLANDI: *Apuntes sobre Democracia*. San José de Costa Rica, 1925.

MANUEL E. LANAQ: *Decadencia de nuestra raza*. Barranquilla (Colombia).

RAFAEL ESTENGER: *Los énfasis antiguos*. poemas. Manzanillo, Cuba, 1924.

ALCIDES CHACÓN: *El dolor campesino*. San Salvador, 1925.

RENÉ LUFRIU: *Ensayos de divulgación histórica*. Habana, 1924.

AUGUSTO FLÓREZ Z: *Guía espiritual*. Masaya, Nicaragua.

DAVID J. GUZMÁN: *Nuevo método para leer y declamar correctamente*. San Salvador, 1923.

RÓMULO NANO LOTTERO: *El cofre de mis Angustias*. Montevideo, 1924.

De la Agencia General de Librería y Publicaciones, Buenos Aires:

Los más bellos Poemas de Edmundo Montagne. 1924. Buenos Aires.

De la Librería de Antonio J. Cano. Medellín, Colombia:

Obras completas de ABEL FARINA. Vol I. *Juvenilia*. 1924.



Se compran estos números del REPERTORIO AMERICANO:

Del tomo I: Números 7, 9, 10, 18 y 23.

Del tomo II: Números 1, 3, 5, 20 a 23, 25 a 28, y 30.

Del tomo IV: Números 19 y 23.

Del tomo V: Número 3.

Del tomo VII: Número 21.



Revista Ariel

Letras, Artes, Ciencias, Misceláneas

Aparecerá el 15 y 30 de cada mes, en cuadernos de 28 páginas.

Directores:

FROYLÁN TURCIOS y ARTURO MARTÍNEZ GALINDO.

Dirección y Administración:

Esquina casa Streber. Tegucigalpa, Honduras. Centro América.

La canción de la niebla

A don JOAQUÍN GARCÍA MONTE.

EN esta mañanita melancólica de Mayo, la niebla con paso sigiloso de ladrón avezado, se ha ido escurriendo sierra abajo y ha colmado las calles del pueblo. Al penetrar por puertas y ventanas va inundando las habitaciones de un sano olor a montaña que satura de bienestar el espíritu y de fortaleza los pulmones. A lo largo de su viaje va contando su historia sencilla:

Soy hermana menor de las nubes errantes que van siempre en marcha hacia tierras lejanas, pero como soy humilde no gusto de remontarme tan alto. Poseo la gracia de tornar borrosas las siluetas de personas y cosas y cuando me viene en talante de hacer invisible cuanto me rodea. Las muchachas que lavan en el río reniegan de mi visita porque les impido secar las blancas ropas que tienden en el ribazo. Los pájaros me odian porque les entumezco las alas y por mi causa las alimañas se recogen en sus madrigueras y las abejas caen ateridas al soplo de mi aliento. Los campesinos me detestan porque mato con mi vaho las mieses de recoger. De noche, cuando penetro en las ciudades, pongo un nimbo luminoso alrededor de las bombillas eléctricas y dejo a mi paso un toque misterioso de embrujamiento. Más de una vez mi hálito frío fué fatal para los postreros instantes de algún agónico. El sol es mi grande enemigo: con sus agudas flechas de oro me deshace hiriéndome mortalmente en el corazón. Tengo mi imperio en Londres y en los mares del Norte he ocasionado catástrofes por el choque de los navíos. Mi vapor acuoso al descender sobre los tejados se va condensando lentamente y al caer sobre los canalones, voy cantando gota a gota, mi canción de cristal. En los días claros el viento me desfleca barriéndome hacia las montañas. Soy intangible como la ilusión de los humanos y como la ilusión muero y renazco constantemente. Soy hija de las nebulosas celestes y por los muchos males que he ocasionado estoy condenada a arrastrarme sobre este globo deleznable. Por mi vida bohemia los poetas se solazan con mi visita. Yo alentaba ya en la noche tenebrosa de la neblina cósmica y por eso mi historia es tan vieja como el mundo.

BLANCA MILANÉS

San José, Costa Rica.
Mayo 1925.

NOTA.—Por exceso de material, hemos tenido que posponer dos o tres semanas la publicación de esta fina página. Discúlpennos la bondadosa autora.

Saludo a los restos de Angel Ganivet

ESTE saludo lo he escrito para ser leído en el acto que la Asociación Oficial de Estudiantes, de Madrid, había de celebrar en el Paraninfo de la Universidad Central, a donde se llevaron los restos de Ganivet, de paso por Madrid, en su traslado desde Riga, donde murió y fué enterrado, hasta Granada, su cuna.

¡Pobre amigo Ganivet! Vuelven tus huesos a reposar sobre los huesos, sobre la roca de España—más nuestra hija que nuestra madre—viviendo y soñando yo, tu amigo y compañero del buen combate, fuera de ella para mejor servirla. Y se me suben a la boca y a los ojos y me tiemblan en la mano con que escribo los recuerdos de aquella amistad de entender y de sentir que nació entre nosotros, treinta y cuatro años ha, cuando hacíamos oposiciones y gané yo la cátedra de que se me ha despojado con la mentira oficial de que la he dimitido por abandono.

Y a las veces pienso si no fué a tiempo que dimitiste tú, mi pobre Angel, el cargo de la vida, de una vida que habría de ensombrecer más el porvenir de nuestra patria, arredrándose todo un siglo mortal.

Se me anuda la garganta, se me empañan los ojos y en la mano me tiembla la pluma de acero, nuestra arma, al pensar si un día rendiré también mi último soplo, como tú, fuera de nuestra España, cuyo amor ha unido nuestros nombres, bajo un sol triste y pálido que se acuesta en brumas. Y si al rodar de los años estériles llevarán mis huesos a reposar sobre los huesos de la patria y a que las aguas de nuestros ríos lleven sus sales a la mar niveladora. Y me acongoja el pensar si España, esa España ibérica cuyo porvenir fué nuestra cuita común y recíproca, será entonces digna de abonarse con el polvo que fué corazón que tanto y tan locamente la quiso. Porque ¿no nos han motejado de locos, mi pobre amigo? ¿Es hoy digna esa tierra, Angel, de atesorar tus restos?

Deberían de no haberte traído hasta que ese tu solar, nuestro solar, sustentase a un pueblo libre; hasta que sobre tu huesa granadina pudiese sonar, resonante al pie del Mulacén, la voz de la verdad, hoy proscrita de España; hasta que se hubiese establecido en ésta la justicia, que es el único orden valedero; hasta que ahí, en la cuna de Séneca, a quien tanto quisiste y estudiaste, y que tuvo que quitarse la vida en obsequio a los tiranos—y menos mal que no le dieron garrote sin efusión de sangre—se hubiese restablecido el respeto a la inteligencia, a la sinceridad, a la santa libertad de crítica y a la hombría de bien. Deberían de no haberte traído hasta que, borrada la postrera huella de la Inquisición cainita, sonase la hora de la liberación de la España universal y eterna, de la España civil y liberal. Deberían de no haberte traído hasta que, dejando de ser pastores los mastines y de jueces los verdugos, nuestros hermanos hubiesen podido empezar a servirse de la libertad, sin la que no hay ni fortaleza ni alegría que valgan y cuya sustanciosidad sólo son

capaces de conocer los hombres que alguna vez se han puesto en riesgo de que les priven de ella.

En la Alhambra soñaste con Grecia inmortal—yo, tu amigo, a orillas del Nervión—; el común culto al Espíritu Santo helénico, a Santa Sofía, nos estrechó en amistad para siempre, para allende la muerte, que es más allá de la vida, y ahora, cuando tus huesos son recibidos por un pueblo degradado por el vasallaje, yo, tu amigo de la juventud radiante y esperanzosa, te saludo desde el destierro. Porque hoy en tu patria, en nuestra patria, Angel, no puede vivir digno el que no se allane cobarde a silenciar la verdad y a no denunciar la injusticia.

Y a nadie debe chocar que me dirija a ti, el que ya no respira ni ve. ¡Estoy tan abrumado, amigo mío, de predicar a los que respiran y ven y cuchicheándose al oído comadrerías, cierran a la palabra del corazón, la boca con que comen y se creen vivos!.,.

Adiós, amigo, y ¿hasta cuándo?

MIGUEL DE UNAMUNO

(España Nueva, Habana).

Hoy he tenido un sueño...

Hoy he tenido un sueño loco y desorientado,
hoy he tenido un sueño de trágica maldad:
la noche estaba negra y yo había matado,
y todo era un tremendo sopor de eternidad!

Una ciega violencia impulsaba mis manos
para el golpe mortal.
La víctima tenía en los ojos humanos
una maravillosa claridad celestial.

Hundí hasta el puño negro mi daga reluciente
y le alcanzó la entraña el filo buscador.
Un blanco de agonía le poseyó la frente
y en un hondo alarido di al cielo mi estupor.

Yo me sentía puro, yo me sentía bueno,
y a pesar de mi crimen tan puro me sentí
que con agua de llanto mojé el cuerpo moreno
y le besé en la herida el trágico rubí.

Nunca más grande angustia cupiera en pecho de hombre
que aquella angustia viva de sacrificador!
Estremecido todo de la pena sin nombre
voceaba en la noche mi sagrado clamor.

Cien veces de rodillas cayera mi alma mustia
ante la virgen muerta, de palidez fatal,
y la entreabierto rosa de su boca de angustia
cien veces perfumara mi sombra criminal.

Manchado estoy aún de la sangre inocente,
pero en la hora lívida y atroz
yo sentía mis manos moverse fatalmente
vibrantes de destino o signadas de Dios!

HÉCTOR CUENCA

Maracaibo, Venezuela. 1925.

Habla un educador colombiano

Partes de un estudio ⁽¹⁾

=Del trabajo *La reforma educacionista*, que vió la luz en *El Colombiano*, de Medellín, del 9 al 19 de enero del año en curso.=

Párrafos que hemos subrayado:

Como se verá, mi idea es que la suerte de los maestros esté en sus propias manos y nó en las de los políticos, que poco o nada saben de asuntos educativos, ni tampoco en las de unos superiores que casi nunca pertenecen al gremio y que pueden ser buenos o malos, capaces o incapaces, justos o injustos; trato de hacer que la organización de las escuelas no siga en manos mercenarias, inhábiles por lo general, y que se encomiende al personal docente la tarea de manejar con relativa autonomía sus intereses y los de la infancia.

El mayor defecto de nuestras escuelas—es una verdad de Pero Grullo—consiste en que ellas, al mismo tiempo que enseñan muchas cosas inútiles para las clases humildes, que son la mayoría, se olvidan de dar ciertos conocimientos que todo hombre, sea cual fuere su posición, necesita urgentemente. Y es que nuestras escuelas primarias se empeñan en preparar a todos los niños para el bachillerato, olvidando que más de un noventa por ciento de sus alumnos debe volver al campo o a los talleres, y que por lo tanto hay que darles una formación especial que los capacite para la vida que van a llevar.

No se ha visto que una cosa es preparar para la vida—que es lo que a todos nos conviene,—y otra cosa es preparar para el bachillerato, que es lo que le interesa a una corta minoría; y que si al que va seguir una carrera se le exige, con más o menos razón, que adquiera tales o cuales conocimientos, es absurdo que a la masa general la obliguemos a estudiar lo mismo... en vez de darle lo que a ella le interesa. Como se ve, estamos sacrificando la mayoría, con evidente perjuicio para ambas: porque también los bachilleres deberían prepararse, ante todo, para la vida.

Dicho lo anterior, no vacilo en sentar este principio: para que la Escuela Primaria cumpla sus funciones, hay que emanciparla por completo del Bachillerato; ella debe dar única y exclusivamente lo que todo hombre necesita: *una buena preparación para la vida.*

Es decir, que la Escuela Primaria debe darle a sus alumnos estas materias: Lectura, Escritura, Cálculo, Lenguaje, Religión, Historia Natural y un poco de Geografía e Historia, Y estas asignaturas, siguiendo las orientaciones modernas, pueden agruparse en la siguiente forma:

A). *Observación.*—Es el estudio del ambiente material: el niño aprende a conocer los minerales, las plantas, los animales, la fisiografía, las costumbres y las riquezas de la región en que vive. Este aprendizaje debe ser absolutamente práctico y gira siempre al rededor de un eje; el *niño*. En la Observación se estudia el cuerpo y se adquieren conocimientos generales de higiene.

B). *Asociación.*—Al estudiar una cosa cualquiera del medio ambiente, es bueno relacionarla con cosas semejantes de otras regiones (Geografía) o de otros tiempos (Historia), y esto es lo que se conoce con el nombre de Asociación. Bajo esta rúbrica se agrupan, en general, los conocimientos que el alumno saca del libro o del maestro y nó de la realidad observada directamente por él.

C). *Lenguaje.*—El niño debe expresar, por la conversación o por la escritura, lo que aprende por la observación o por la asociación: esto es lo que se llama Lenguaje, asignatura que tiende a llenar la necesidad universal de explicar lo que pensamos o sentimos. Consta de dos partes esenciales: el niño aprende a expresarse con facilidad por medio de la palabra hablada, primero, y luego por medio de la escritura. El maestro puede dejarse guiar en este caso por el niño, darle lo que pide y no preocuparse para nada de la Gramática, que es un aprendizaje superior, ni de las reglas ortográficas, innecesarias al principio.

D). *Aritmética.*—Esta se enseñará de una manera práctica: el alumno cuenta, pesa, mide, y con los datos que saca de la realidad plantea y resuelve sus problemas. Esta asignatura se presta para el empleo de muchos «juegos educativos» que pueden construirse en la misma escuela con un gasto ínfimo y que presta grandes servicios porque desarrollan las facultades del alumno y a la vez le hacen grabar los conocimientos adquiridos.

E). *Lectura.*—Esta se hará en sus comienzos por un método que sea rápido y que al mismo tiempo auxilie y estimule el desenvolvimiento mental del educando; el *ideo-visual* parece ser el más indicado. Una vez que el niño lea un poco, hay que ponerlo en contacto con libros interesantes, bien ilustrados, que atraigan su atención; así lo libraremos de esas famosas clases de lectura, en las que se ve obligado a leer al mismo paso que sus compañeros en una cartilla aburridora o en uno de esos *textos* que parecen hechos expresamente para disgustar al alumno y hacerle aborrecer de por vida los libros.

G). *Lecciones ocasionales.*—Estas desempeñan un gran papel en la educación popular: aprovechando ciertos acontecimientos que interesan a los muchachos, el educador puede darles algunas nociones generales sobre la Geografía y la Historia de Colombia, inculcar en ellos la urbanidad y el civismo y despertar su entusiasmo por el bien y la belleza.

El programa que acabo de esbozar (y que completaré al hablar de la educación manual y de la cultura física) tiene la ventaja de ser bastante elástico para darle a cada niño lo que necesita según la región en que viva, a la vez que lo capacita para estudiar más tarde cualquier otro medio en que se halle.

Porque es preciso que nos convenzamos de que no se puede enseñar exactamente igual a los escolares de Pasto que a los de Cartagena, a los del campo que a los de la ciudad y a los de la altiplanicie que a los de nuestros valles más ardientes. Y ésta es una de las mayores ventajas que le veo al plan que acabo de proponer, pues deja a los maestros e inspectores un ancho margen para que adapten los horarios, el programa y en general toda la enseñanza a las necesidades peculiares de cada medio y aun de cada alumno.

TULIO GAVIRIA URIBE

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Ultimos estilos

Trabajos modernos

Calle del Tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.

(1) Véase el REPERTORIO número 8 del tomo en curso.

Huerto de cruces

—Este artículo ganó el Premio Mariano de Cavia, correspondiente al año 1924. Grabiél Miro nació en Alicante el año 1879; publicó su primera novela, *La mujer de Ojeda*, a los veintidós años de edad; dióse a conocer en Madrid al ser premiada, por *El Cuento Semanal*, su novela *Nómada*, y luego destacóse como escritor de hondo misticismo y depurado estilo, con su obra *Figuras de la Pasión*.—

1

A media mañana principia a removerse el entierro de Manihuel por el camino del Calvario. Las piteras están en flor; tortas de flor amarilla y apretada como girasoles. Zumban las avispas. Cantan los gallos en los estercoleros de las cuestas.

Lleva la cruz parroquial un mozo labrador de sotana corta y alpargatas nuevas. Los monacillos alzan los ciriales como follajes frescos, y el sacristán, con gafas de mal lector y cráneo moreno, calvo y español, lleva el acetre de bronce en el brazo como un cesto de fruta; en el puño, el libro de los responsorios, y de su belfo le mana el caño de su Réquiem.

Detrás, en los hombros de cuatro jornaleros, se tuerce el ataúd negro como una barca vieja, hundida en el azul.

Resplandor amarillo de las vestimentas de oro pobre y felpa de luto. El párroco, con antiparras de mendigo, se abre los alones de la capa pluvial y se pisa el alba. El vicario rojo, sedando bajo su sombrilla, se para, se enjuga, se asoma al valle, un alfoz verde de almendros y de higueras.

Y a lo último, sigue gente enlutada, que va remansando en el portalillo del cementerio.

Aparece Gasparo Torrealba, el sepulturero, y destapa el ataúd. El sol se aprieta como un jugo en la nariz de Manihuel. Una abuelita arranca la almohada del difunto para llevársela a la familia, sin mullir la huella helada de la cabeza.

Gasparo, Sigüenza y los jornaleros se quedan solos en el huerto de cruces.

Pasan cuatro cuervos en vuelo suave. Parece que abran el azul con el corte de las alas. Se remontan croando. No dan pesar de cementerio. Son pardales de buen malhumor; y en medio de la mañana ahondan y hacen más agreste la soledad.

Gasparo se reía llamándoles galopos, Nunca cometieron aquí daño los negros compadres. Se posan en el último tapial mirando las higueras, ahora que se regañan las brevas con rajadas blancas y huelen de maduras. Acuden de la Aitana. Bajo sus ojos redondos van pasando los campos calientes: de algún derrumbadero, quizá les sube el husmo de una carroña; en un muladar aldeano puede que fermente el bandullo de una res; en algunas tierras, secas y enjutas, hay un rodal de gleba removida, crasa del unto profundo de haber enterrado un jumento. Todo lo adivinan los buenos pardales, que se ponen a volar encima redondamente. Pero su regocijo se lo trae el verano con sus higueras verdes, plorosas, de todas las castas mejores que se crían en los bancales tranquilos, escalonados al pie del campo santo. Porque ellos saben que aquello es un campo santo; y que lo cuida Gasparo Torrealba, y saben también que es día de fiesta y no hay labriegos en los huertos.

—¡Ay, los galopos!—dice Gasparo.

Los galopos apeonan brincando por las tapias como dueñas que se arregazan el faldellín para sus albricias y carantoñas. Por cuervos jóvenes que sean, parecen viejos. Se asoman, tienden las alas coronando las cruces, graznan como si se asustasen y se fuesen y, de improviso, se precipitan, y las higueras se abollan y retiemblan. En un instante los pámpanos,

las ramas, el tronco se apiltrafan de brevas rasgadas; todo se impregna de un olor de confitura tibia y agria.

Las moscardas vienen a chupar en la cara de Manihuel. El sol de Junio acerca a Sigüenza la impresión del paño de invierno de las ropas duras del difunto. La piel y el hueso de sus pulsos hundidos exhalan un frío mojado bajo la temperatura y el azul estival. A veces, llega una respiración salina y le mueve una greña seca a Manihuel y le alborota a Sigüenza su cabello; a los dos.

En el portalillo los rapaces del pueblo piden que les abran. Gasparo se amohina. Un labrador intercede. Está siempre cerrado el cementerio. Hoy no hay escuela, y hay entierro. Es un gozo y una ansiedad que no pueden resistir los chicos. En fin, les abre, y pasan a botes atropellándose, como si saliese una lluecada a picar en un lebrillo de afrecho.

Zumba el azul. Pasan tan cerca los cuervos, que se les ve el buche gordo de alimento blando y dulce de viejos, y en el filo de los muros se mondan el pico pringoso de la granilla encarnada y pastosa de las brevas.

Los chicos corren apedreándolos desde las tumbas. Y Manihuel sigue fermentando bajo el sol y el campaneo glorioso de San Pedro y San Pablo.

Una mata de pasionarias sube colgando por el nicho donde han de sepultar a Manihuel. En cada flor hay una abeja que late gorda, llenándose de jugo de los clavos del Señor. Gasparo Torrealba quiebra con su escardillo la corteza de yeso y adobes, y saca entre los follajes un ataúd estrecho, blanco y andrajoso. En seguida lo rodean los muchachos para mirar por las rajaduras.

—¡Es Lluiset, es Lluiset!

—Sí que es Lluiset—dice Gasparo—. Lluiset, nieto del difunto, era monaguillo de la parroquia. Un carro de estiércol le chafó una rodilla. La criatura penó mucho para morir. Se enrollaba, y se le quedó la pierna hinchada y horrenda como una pata de buey viejo.

Los chicos le atendían devorando el ataúd con los ojos. Y Sigüenza lo abre.

Está Lluiset con su sotanilla podrida y sobrepelliz, que parece de recortes de papeles; un pie, el de la pierna intacta, se le ha caído entero en un rincón, y el otro sigue cuajado en la pata deforme de bestia.

Todavía hay que bajar un ataúd despellejado muy grande.

—Aquí está la suegra de Manihuel—dice Gasparo Torrealba—. Murió a los noventa y siete años.

Los chicos rebotan de gozo por la golosía de mirar.

Es una vieja corpulenta; toda, hasta la mortaja y las calzas plegadas, es de barro cocido. Le cuelga en el seno una bolsica tiesa. Gasparo se la toma, y le descubre un sapo seco, liso, de manecillas primorosamente miniadas.

—Esto lo ponían de remedio contra los aijos. Y lo deshace entre sus uñas hembras. De súbito, se revuelve, y arroja del hortel a los rapaces y atranca la puerta.

Riéndose del susto que les dió, se llega a la desenterrada, y principia a catarla con su pulgar remachado desde los hombros a la calavera, que aún tiene en el hueso la mueca de la agonía.

Entran en el nicho la caja de Lluiset; encima, la del abuelo; y han de aupar, en lo último, el ataúd de la vieja. Pero Gasparo mide con legón el cadáver. Ni destapado ha de haber. Le sobra la calavera, y se la desgaja, llevándose un sartalejo de vértebras de cartón, y la envía rodando al fondo de la sepultura.

A fumar junto a la muerta descabezada, que no parece una muerta. Los bordes del cuello tronchado se llenan de sol y de brisa. Lo que menos se le ocurre a Sigüenza es decir lo que todos hemos dicho alguna vez: «No somos nada!» Porque

«aquello» era precisamente algo que no se relacionaba ni con nuestra carne ni con la nada. Carne y nada que nos hacen prorrumpir en exclamaciones ascéticas: «No somos nada, no somos nada», pensándolo, casi siempre, cuando no lo creemos de verdad.

Y se levanta Sigüenza y se asoma a la tapia. Los montes desnudan hoy gloriosamente su forma; forma pensada, de la escultura del paisaje. El mar remoto es de piedra azul, y en medio, inmóvil, con las alas rectas, arde toda blanca, la anunciación de un falucho. Dentro del hortal suena un ruido fosco, decrepito: después, golpes frescos, joviales, de vendimia. Es que Gasparo y los labradores arrastran el ataúd de la abuela; lo hunden a patadas en el nicho. Se dobla un poco el cadáver contra la bovedilla. Desde un rincón, la calavera se miraba todo su cuerpo, y así para siempre, porque el nicho ya está en colmo. Y lo cierran. Mediodía. Se quedan solos Gasparo y Sigüenza. Plenitud de Junio. Se hincha el valle respirando, y Sigüenza recibe el olor y el tacto de la calma de los árboles calientes. Campanas de San Pedro. Años y años subirían los campaneos de las fiestas, acostándose quietecitos entre las cruces.

2

Sigüenza y Gasparo caminan abriendo con las rodillas el sembrado alto de geranios, de dondiegos, de gramíneas. Y se paran mirando un herbazal tierno que ondula, se frisa y vuelve a su quietud viva, como si acabase de hollarlo alguien invisible.

Y Gasparo se ríe. Le refiere de su oficio con su habla oscura y abrasada de fumador pobre.

En lo antiguo, aquello que pisaban no era todavía campo santo. El campo santo estaba en las últimas peñas y ruinas del castillo de moros. Todo lo nuevo—y Sigüenza lo ve tan viejecito—, todo lo nuevo ha crecido en las manos de Gasparo Torralba; él subió en serones la tierra blanda de los huertos. Habrá dos brazadas encima del espinazo del cerro.

Van pasando por un callejón de panteones. En medio está el de la familia más hacendada; la hornacina ciega, sin imagen; el altar, rudo; la lámpara, sin vaso; todo sin acabar, como las mejores casas del pueblo, también sin acabar. Es el sancio de las gentes de la comarca, que principian una obra, fuman, se duermen, y al despertarse toman otro propósito y se aburren.

Uua cuesta entre casillas y jaulas de sepulturas y vertederos de pedregales.

Gasparo coge una piedra tirándola como un pastor a una cabra zaguera. Allí donde atinó, en una fosa de escombros, está enterrado un forastero. Amaneció en el hostal. Paseó por el calvario. Rodeó las paredes del cementerio. Se paraba, se asomaba al hondo. Le veían desde todos los portales del pueblo, y él encogióse de un brinco y calló rebotando en las rocas y piteras. Allí, en la cantonada del muro, lo puso Gasparo, sin ataúd, sin un lienzo que le separe del tacto y del peso del pedregal. No tiene ni cruz. Ruedan los años y nadie pregunta por él; y este olvido y este silencio ponen como una lápida lisa encima de muchas leguas profundas de cadáver.

En cambio, arrimada a la tapia, cría musgo una lápida de verdad, sin tumba. Sigüenza la vuelve, y lee:

«Doña Salvadora Peñalva y Moscardó.

»Ya que nos arrebató tu alma hermosa
el Dios de Abraham con su potente mano,
flores prodigarán sobre esta losa
y lágrimas un padre y un hermano.

»Nació en Alberique, a 25 de Diciembre de 1835. Falleció en esta villa a 19 de Junio de 1858.»

Primera meditación de Sigüenza: Salvadora nació en la

Navidad de 1835 y murió en Junio de 1858. Tenía veintitrés años. Yo he doblado los cuarenta años. Salvadora nació en 1835; en la Navidad que viene cumpliría ochenta y siete años. ¡Veintitrés... ochenta y siete...! Ahora ya quizá habría muerto. Veintitrés... ochenta y siete. De modo que ella. ¡De modo que yo..!

Necesita Sigüenza más sutilidad de pensamientos.

Segunda meditación.: El Dios de Abraham con su potente mano... Flores y lágrimas de un padre y de un hermano encima de una losa, desde 1835... ¿Dónde está Salvadora Peñalva? Todo tan concreto: «Nació en Alberique, a 25 de Diciembre de 1835. Falleció en esta villa a 19 de Junio de 1858.» Un hueso, un andrajo, algo de Salvadora tan concreto como sus fechas.

Y Gasparo Torralba se ríe lamiendo la goma de un cigarro.

Tampoco se le ocurre a Sigüenza decirse no somos nada, Es de ella de la que no queda nada, porque ni la losa es suya, y han de arrimarla, suelta, contra un muro.

Gasparo enciende con yesca su cigarro, y suelta el humo tupido como una lana, y da con su alpargata un azadonazo en el suelo.

—¡Por ahí estará en la tierra!

Pero no hay tierra, sino un osario molido, un entramado de raíces de un bosque de generaciones taladas; y al pisarlo, crujen y salen briznas, aristas, siempre menuditas, como si nada más fueran de huesecitos de niños. En todo aquel recinto del cementerio antiguo no había más cadáver conocido que el del suicida forastero.

—Toda esta tierra y las paredes, todo lo acabé de llenar cuando el cólera—Gasparo dice *colic*, y la palabra y la epidemia tienen más filo asiático, más filo convulso.

Entonces faenaba de noche, sin farol, para que las gentes, en acecho, no se sobresaltasen.

Fué con su mulo a recoger dos muertos de una masía: padre y un hijo. Pero llegó muy pronto. Aún vivía el hijo, y se sentó en el portal hasta que le dijeron: «Ya están los dos». Y los ató juntos en el albardón del macho.

—Cuando vine aquí era la madrugada, y en lo más fondo me salió... ¿A que no lo adivina?

Gasparo se ríe, subiéndose la faja.

—Me salió una raposa. Se golpeaba de reconcomio. Los dos nos embestimos. Yo con el legón le arranqué una oreja; ella me mordió en el hombro. Yo me cogí de su rabo y tiré; ella se revolvió; se me quedó todo el pelo entre los dedos como si fuese barbas de avena; y la galopa botó en mis costillas, y de mis costillas, al tapial, y se fué con el maslo desollado y sangrando...

Por la brega se olvidó de los dos difuntos: sus cajas resonaban de carreras y chillidos de ratas, y con las ratas dentro tuvo que enterrarlos. Desde lejos aún las sentía pelearse.

Gasparo no podía remediarlo. No paraba por veredas, por barrancales; de heredad en heredad, con su mulo, cargando y descargando muertos.

Bien le preguntaría Sigüenza: «Oiga, Gasparo Torralba, ¿y entre todos esos huesos, ya tan escomidos y frágiles, no los habrá de algún enterrado vivo?» Pero, no, no se lo dice, porque sería sospechar de su pericia de enterrador.

Gasparo le coge confidencialmente de un codo, y le muestra los herbazales. Entre la frescura va pasando una vibración de lumbré. Otra vez se imagina Sigüenza que se deslicen las pisadas de alguien, de una aparecida invisible.

¡Y añade Gasparo:

—No había nicho donde no criaran las ratas. Mordían las raíces y los tronchos de los geranios, de las malvas, de las rosas y hasta la leña de las cruces. Una perdición. Yo las

acabé sin cepos. Yo tengo mi gato, el único gato que aquí hace bondad. ¡Ahora lo verá!

A brincos se precipita retumbando en el bancal de sepulturas; se sume y escarba en la hierba y saca de la cola una sierpe que se tuerce húmeda y dulce al sol.

—¡No hay animal tan manso y agradecido!

La pone en el muro y la sierpe vislumbra como un tisú; sin moverse, su latido le va renovando la piel. Hierve fría y multiplicada en la piedra, y la traspasa, la cala, como si la piedra fuese tierna, de esponja, y se la embebiese.

En fin Sigüenza se decide a preguntar:

—Gasparo, ¿no habrá en el cementerio viejo algún enterrado vivo? En casi todos los campos santos viejos los hubo. Las epidemias traen precipitaciones...

Gasparo, sin reparar en esas disculpas, vuelve junto a Sigüenza, y se queda cavilando.

—Yo me creo que a nadie enterré vivo... Pero aquí hay muertos de dos colics. ¡Yo se nada más lo que vi cuando abrimos nichos y capillas y paredes para llevar las cajas a lo nuevo! Mire lo que vi...

Gasparo se aparta chafando una geología de vertebras, de costillajes combos, de goznes, de nudos y cabezuelas de cal. Se recuesta en un socavón de los derribos, acodándose en la argamasa, y entorna los ojos. Adquiere una actitud de elegancia. Tiene un fondo lejano de graciosos oteros con arbolillos finos, nubes blancas, barrocas, y los huesos fosilizados que revientan bajo sus alpargatas resultan emblemáticos. Todo semeja un fragmento de una estampa, de un cuadro que no recuerda Sigüenza si es de Víctor Carpaccio.

—Así como yo me pongo—dice Gasparo—estaba uno, un difunto; así se nos presentó, sentado y entero, cuando volcamos la pared vieja.

Luego busca otra rebanada de tapial y la palpa muy calmoso.

—Aquí encontramos tres cajas, una encima de otra, y de la de en medio, alía un brazo que se agarraba a la tapa de la de arriba.

...Ya principia a venir la tarde. La claridad es más azul; el aire más oloroso de campo íntimo, y el cementerio, con reposo, con silencio cerrado de «descansen en paz». Reposo y silencio «para siempre, siempre, siempre», dentro de la permanencia de la vida tan de nosotros, sin nosotros, sin nada de nosotros como de Salvadora Peñalva.

Y en tanto que lo pensaba Sigüenza, como si lo pronunciase su frente, su frente con sensación de campo, de montes y de mar, iba leyendo lápidas de labradores, de señoras, de hidalgos viejecitos, tendidos desde mil ochocientos...; todos ellos, en ese día ancho de verano, día de San Pedro, saldrían a pasear por sus huertas, con sus mejores ropas, las mismas ropas ya estrujadas detrás de esas lápidas.

Al abrir el portalillo para marcharse, se les ofrece bajo todo el pueblo en la falda del alcor.

Desde el pueblo no se puede mirar al cielo sin presentir cada uno su fosa. Las cruces se clavarán en los ojos, las cruces de los difuntos de cada familia.

Gasparo dice:

—¡No se les clava nada! El camino es un muladar. No quedan cipreses; no queda calvario. Ni vienen ni miran, y si miran, no ven.

Es verdad. Tienen encima sus muertos; pero la muerte, la muerte está más allá del horizonte de nuestros pensamientos y de nuestros ojos.

GABRIEL MIRO

Sí tengo alas...

Para el REPERTORIO AMERICANO.

Mariposa: tú y yo somos pequeños.
Menguados son mis sueños y tus galas.
Tú que puedes volar, no tienes sueños.
Yo que puedo soñar, no tengo alas.

CAMPOAMOR.

Sí tengo alas... Palpitar las siento,
y agitarse en anhelos de proezas.
Sí tengo alas, y también aliento,
para alzarme a favor del pensamiento
por encima de afanes y tristezas.

Si en la Tierra me azotan los desvelos,
y el dolor hace blanco en mi flaqueza,
tiendo el ala feliz... y allá en los cielos
voy trocando pesares y recelos
por una amplia visión de la Belleza.

¡Oh Belleza, la diosa entre las diosas!
Esta vida que tengo te la ofrezco.
He bebido tus aguas milagrosas,
y me has dado a mirar todas las cosas
bajo un lente de Amor... ¡Te pertenezco!

Alas me dieron... y este don divino
es mi herencia paterna, mi tesoro.
¡Cuánta flor hay sembrada en mi camino!
¡Y qué luz va alumbrando mi destino
con un brillo más grande que el del oro!

¿Sola? ¡Nunca lo he estado! Bondadosas
tiernas musas me brindan sus favores.
En su reino no hay castas: mariposas
todos somos... y vamos entre rosas
aspirando el perfume de las flores.

Así es bello vivir. La vida es sueño,
una hermosa locura si se quiere.
Y entre ensueño y afán, afán y ensueño,
va tejiendo la araña del empeño
el encaje de una obra que no muere.

Quien consigue volar se hace atrevido;
no se apega a la concha ni a la escoria.
No en el suelo—¡bien alto!—hace su nido,
y más lejos aún deja prendido
el ideal que le guiará a la gloria!

AURISTELA C. DE JIMÉNEZ

San José, julio de 1924.



¿Qué es mi vida?...

¿Qué es mi vida? Me siento ya vencido!
Viudo y en soledad Dios me ha dejado
para el trabajo,—buey al yugo uncido—
a pesar de estar viejo y muy cansado.

A la diaria tarea acostumbrado,
el esfuerzo de mi ánimo abatido
es obra de un dolor hondo y callado
que al deber se somete y al olvido.

Muerta la compañera de mi suerte,
me he quedado viviendo de la muerte;
y saco de la muerte esta energía

que es la airada amargura del recuerdo,
o el cruel escepticismo en que me pierdo
con una voluntad que no es la mía.

ROMÁN MAYORGA RIVAS

San Salvador. 1925.

Opiniones oportunas y patrióticas sobre el arbitraje Tacna y Arica desoídas por la Dictadura

«Se encuentra, pues, el Perú en 1919 como en 1908 y por la acción desacertada de los mismos hombres, con un cambio radical en la dirección de su política exterior, variación diplomática ésta, que conducirá al Perú a desastres más dolorosos todavía que los sufridos durante el período de 1908 a 1912». —(Carta del Ex-presidente Pardo al señor Melitón F. Porras. Véase *El Comercio*, Octubre 27 de 1919).

«Si el tratado de Washington fuera sometido a la decisión directa del pueblo peruano, estamos ciertos de que su repudiación sería abrumadora. Si el Congreso del Perú ratificara ese tratado, la prueba sería concluyente de que el Congreso del Perú no representa el sentimiento nacional del Perú». —Artículo del notable escritor venezolano don Jacinto López. Véase la revista *La Reforma Social* de Septiembre, 1922).

«El tratado de Ancón fué una tregua contemplada las cosas desde una alta perspectiva histórica. El tratado de Washington va a ser la paz vergonzosa, la liquidación denigrante, refrendadas desde el más alto escenario político del continente. En Ancón el Perú lo había perdido todo excepto la dignidad que es la esperanza. En Washington se ha firmado la muerte moral del Perú». —(Correspondencia del señor Víctor Andrés Belaúnde a *El Mercurio Peruano*. Véase No. 48, vol. VIII, año V.)

«El inexplicable afán de liquidar en cualquiera forma nuestras cuestiones de fronteras, afán que llevó hace doce años a los mismos hombres que hoy gobiernan, a desmembrar el territorio nacional en obsequio del Brasil y Bolivia y en violación de nuestros claros e irrefutables títulos coloniales, le está preparando al Perú en estos instantes un nuevo y trascendental sacrificio». —(Folleto del señor Carlos Concha titulado *La Cuestión del Pacífico y Don Augusto B. Leguía*. New York, Julio 31 de 1922).

Nueva York, 5 de abril de 1925.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano"
se venden las siguientes:

J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	¢ 1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
L. Lugones: <i>Las industrias de Atenas</i>	5.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbagelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosista uruguayos)	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta)	6.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom., pasta)	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tom., pasta)	3.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tom., pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	1.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Homero: <i>Odisea</i> (1 tomo pasta)	3.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	1.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: ¢ 2.00.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta,
Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada,
Naranjada, Ginger-Ale,

Crema, Granadina, Kola,
Chan, Fresa, Durazno y
Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja,
Durazno, Menta, Fram-
buesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

La sequía

(Concluye. Véase la entrega anterior).

Expuso en breves frases la situación que padecíamos, considerándola como una prueba tremenda de la Justicia divina con su pueblo sencillo y creyente; describió las calamidades y ponderó los dolores; y, de seguida, se entregó a una grandiosa impetración.

Iba multitud enorme por los áridos campos de Palestina, pendiente de la palabra del Maestro; y llegó el día en que esa multitud, que no hiciera provisiones para el viaje, sintió hambre.

—Señor—le dicen los discípulos al Maestro,—compadécete de esta muchedumbre que, tras de la divinidad de tu palabra, no ha considerado en que no sólo de fe se vive...—Y el Maestro realiza el estupendo milagro de la multiplicación de los panes y de los peces.

La voz del orador sonaba con ruido metálico, vibrante y conmovida.

—¡Señor! Ten piedad! *Domine misereor turba*, compadécete de esa grey fidelísima que ha seguido tu camino, y tiene hambre. ¡Señor!

Ardía en luces el retablo, y las anchas naves se hallaban medio hundidas en religiosa penumbra, en el coro sonaban dulcemente, suavemente, las notas del órgano en acompañamiento de marcha fúnebre; y el orador seguía, y seguía impetrande, sollozando, ahogado en lágrimas, y la multitud de abajo lloraba a gritos, en una ululación de angustia suprema, que revelaba todo su dolor, expresaba toda su infinita miseria...

Las luces iban apagándose poco a poco, desfallecía la música en compases casi imperceptibles, y aún el orador sollozaba en lo alto de la augusta tribuna, hasta que no pudiendo más, se cubrió el rostro con ambos brazos, y se dejó caer, rendido, aniquilado por la emoción.

Los fieles salieron en tumulto, llevando sus alardos por las calles, comunicando su angustia a los demás ciudadanos...

El cielo fué sordo. En el firmamento azul como una lámina bruñida, resplandecían las estrellas, y el cometa continuaba tranquilo su viaje por la inmensidad.

MANUEL J. CALLE

(Biografías y semblanzas, Quito).

Leyenda azteca

APARECE EL MAÍZ

Por la ley de los Soles⁽¹⁾ que tradujo el señor del Paso y Troncoso⁽²⁾, se sabe que una vez que en Tamoanchán⁽³⁾ fueron creados los primeros hombres, los dioses se preguntaron qué les darían de comer.

(1) Los nahoas dividían la vida del mundo en cuatro edades o Soles: el del agua, del aire, el fuego y la tierra, cada uno según la piedra del Sol de 1664 años.

(2) Don Francisco del Paso y Troncoso, notable americanista, arqueólogo e historiador mexicano.

(3) Nombre que los olmecas, tribu procedente del S. E. de Norteamérica, dieron a su primer establecimiento en territorio mexicano. Según el profesor Othón de Mendizábal, estuvo al norte del Estado de Veracruz.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Iban y venían la hormiga negra, es decir, Quetzalcoatl⁽¹⁾, y también la hormiga roja. Los dioses de la lluvia amontonaban tierra, y Nanáhuatl⁽²⁾, que se convirtió en sol, ayudó a que se desmoronara el cerro de los mantenimientos⁽³⁾. Surgieron entonces el frijol, la chicha y el maíz de varios colores. Tan pronto como los indios vieron a las hormigas acarreado el maíz, probaron éste y les gustó, y las lluvias de los cuatro puntos cardinales se encargaron de fecundar las semillas.

RAFAEL HELIODORO VALLE

El Duque

Hoy se casa el duque Nuez;
viene el chantre, viene el juez
y con pendones escarlata
florida cabalgata;
a la una, a las dos, a las diez;
que se casa el Duque primor
con la hija de Clavo de Olor.
Allí están, con pieles de bisonte,
los caballos de Lobo del Monte,
y con ceño triunfante,
Galo cetrino, Rodolfo montante.
Y en la capilla está la bella,
mas no ha venido el Duque tras ella;
los magnates postradores,
aduladores
al suelo el penacho inclinan;
los corvados, los bisiestos
dan sus gestos, sus gestos, sus gestos;
y la turba melenuda
estornuda, estornuda, estornuda.
Y a los pórticos y a los espacios
mira la novia con ardor;...
son sus ojos dos topacios
de brillor.
Y hacen fieros ademanes,
nobles rojos como alacranes;
concentrando sus resuellos
grita el más hercúleo de ellos:
¿Quién al gran Duque entretiene...;
ya el gran cortejo se irrita!...
pero el Duque no viene;...
se lo ha comido Paquita.

JOSÉ M. EGUREN

Lima, Perú.

(1) La Serpiente Emplumada, dios del aire, semejante a la estrella de la mañana o Lucifer. Anunció a los mayas y toltecas la venida de los españoles.

(2) Las llagas o bubas.

(3) El cerro productor de alimentos.

Somba burla al rey

Un día Uegonaba (el rey de la selva, el león) publicó el siguiente bando: «Se prohíbe a los animales en lo sucesivo comer sibas (una especie de uvas silvestres). Me reservo para mí solo ese derecho». Somba (el conejo) lo oyó y dijo para sí: «Los demás harán lo que quieran; a mí me es igual. Pero precisamente ahora será cuando yo coma más sibas.»

Un día, Somba se fué al bosque y comenzó a tirar hacia abajo de las lianas y ramas, soltándolas luego con fuerza, de manera que hacían un gran ruido. Uegonaba lo oyó, vino corriendo y al ver a Somba le preguntó: «¿Qué es eso?» Somba se bajó a escape y dijo: «Qué dicha para mí que hayas llegado, Uegonaba. Sólo tú puedes salvarme la vida. Ya has oído el primer empujón del viento. Dentro de poco estallará una tempestad y el huracán se llevará a todos los animales. Hasta el elefante será arrastrado como una hoja. Hazme el favor de atarme bien a un árbol.» Al oír esto, Uegonaba dijo: «Eso no es posible. Antes hay que atarme a mí, que soy el Uegonaba. Atame en seguida a un árbol, Somba». Somba dijo: «Como quieras.» Inmediatamente Somba ató bien atado al fuerte Uegonaba y luego se fué por el bosque y se comió todas las sibas. Del rey del bosque no volvió a preocuparse y lo dejó tranquilamente atado.

Uegonaba estuvo mucho rato sin poder moverse. Al fin vinieron las pequeñas hormigas blancas y se pusieron a roer las lianas con que estaba atado el rey. Este quedó así libre.

Al cabo de un tiempo, el Uegonaba hizo saber que cierto día iba a celebrar una gran fiesta con todo género de sacrificios. Se ordenaba a todos los animales que concurriesen a la ceremonia. Somba, que lo oyó, se dirigió a Kango (el pelicano) y le dijo: «He oído una novedad importante. Préstame tu vestido para que me lo ponga.» Kango le dió su vestido a Somba. Luego Somba corrió en busca de Buruogo (el faisán) y le dijo: «Préstame la bonita caperuza que llevas en la cabeza. He oído una novedad importante y quisiera estar también presente. Para ir bien vestido me hace falta esa prenda.» Buruogo le dió su caperuza a Somba.

El día de la fiesta, Somba se puso el traje de plumas de Kango y la caperuza de Buruogo. Con ese vestido nadie lo conocería. Se fué a la corte del rey. Dijo al llegar: «Buenos días». El rey dijo: «¿Qué es eso?» Somba dijo: «Me he atrevido a venir a la fiesta de tu cumpleaños porque has invitado a todos los animales». Uegonaba dijo: «¿Quién eres tú?». Somba dijo: «Yo soy el hijo del Termita». Uegonaba dijo: «Eso está bien. Tu padre me libertó cuando el perverso Somba me había atado. Por eso quiero reciberte y atenderte con gusto».

Uegonaba mandó que le preparasen a Somba un lecho en casa de su primera mujer. Mandó que le llevasen buenas bebidas y, finalmente, encargó que matasen un buey y le diesen los mejores platos. Somba se instaló allí. Después de comer a satisfacción se metió en su cama. Somba durmió bien y mucho tiempo. Finalmente, la primera mujer del rey

pensó: «El huésped, el hijo del pequeño Termita, lleva mucho tiempo durmiendo. ¿No será que está enfermo? Voy a ver qué le ocurre.» La mujer entró en la habitación. Somba estaba durmiendo. Durante el sueño se le había caído la caperuza. La mujer del rey le vió dormido con la cabeza desnuda. Miró la cabeza del durmiente y dijo: «Es chocante que el hijo del Termita tenga unas orejas tan largas. Tiene unas orejas como las de Somba. Voy a decírselo al rey.» Y la mujer salió.

La primera mujer se fué en busca de Uegonaba y dijo: «El huésped que me has enviado no es el hijo del Termita; es Somba». El rey dijo: «No lo creo». La primera mujer dijo: «Basta verle las orejas. Se le ha caído la caperuza y se conocen fácilmente». El rey dijo: «No puedo creerlo; voy a enviar a alguien más que lo vea». El rey envió a un emisario. El emisario volvió y dijo: «Está durmiendo en casa de tu mujer. Se le puede conocer por las orejas. El animal se parece a Somba».

Uegonaba dijo: «En ese caso tenéis que ayudarme todos a matar a ese Somba, que se ha burlado de mí dos veces». El rey llamó a todos los esclavos y dijo: «Coged palos, entrad y matad a golpes a Somba». El rey puso muchos perros al rededor de la casa para que, si Somba se escapaba, los perros cayesen sobre él y lo matasen a mordiscos. Los esclavos entraron y la emprendieron a palos con Somba. Pero Somba cogió su mochila, saltó por encima de los esclavos y escapó.

Fuera los perros se echaron sobre él para morderle. Somba apretó a correr. Cuando el primer perro casi le había alcanzado, Somba le tiró un hueso del saco. El perro lo agarró inmediatamente, lo arrastró a un lado y se puso a roerlo. Un perro tras de otro fueron así apartándose. Al final sólo quedaba un perro viejo, que hasta entonces no había querido coger ningún hueso, empeñado en morder a Somba. Pero Somba tenía todavía en el saco un hueso con un gran trozo de carne, y lo fué enseñando largó rato por detrás, despertando el hambre del perro viejo. Al fin, el perro lo cogió y se apartó con él.

Durante algún tiempo Somba se vió libre de sus perseguidores. Pero cuando estaba ya muy cerca del bosque salvador, llegó el perro viejo y, en el momento en que iba a saltar en la arboleda, el perro le cogió por la pata trasera. Pero Somba se echó a reír y dijo: «¿Muerdes un trozo de madera, teniendo a un lado mi pie?» Entonces el perro soltó el pie y mordió una rama. Somba desapareció riéndose en la arboleda.

LEÓN FROBENIUS

(Decamerón Negro, Madrid).

